

do; y este momento, el más solemne de la historia, es el punto de partida de ese largo retroceso que empieza en Scipión y termina en Lutero y Leon X. Los tiempos no habían llegado: la nobleza de raza, el feudalismo de la tierra, representado entonces por los romanos, debía ganar la primera batalla contra la industria, y recibir el golpe mortal en la revolución francesa.

Hoy llegó su vez á los patricios de mostrador. Como si tuviesen el presentimiento de su próxima derrota, sólo piensan en conocerse, coaligarse, clasificarse y escalonarse según sus pesos y calidades, fijar sus partes respectivas en los despojos del trabajador, y cimentar una paz, cuyo único objeto es la sumisión definitiva del proletariado. En esta santa alianza, los gobiernos, que llegaron á ser solidarios los unos de los otros, y unidos por una amistad indisoluble, no son más que los satélites del monopolio: reyes absolutos y constitucionales, príncipes, duques y margraves; grandes propietarios, grandes industriales, ricos capitalistas, funcionarios de la administración, de los tribunales y de la Iglesia; en una palabra, todos los que en vez de trabajar viven de la lista civil, de rentas, de agios, de la policía y del fanatismo, unidos por un interés común, y bien pronto agrupados por la tempestad revolucionaria que ya ruge á lo lejos, se encuentran necesariamente comprometidos en esta vasta conjuración del capital contra el trabajo.

¿Habeis pensado en ello, proletarios?

No me preguntéis si tales son verdaderamente los pensamientos secretos de los gobiernos y de las aristocracias (1), porque eso surge de la situación, por-

(1) Las palabras del ministerio en la Cámara de los diputados, relativamente al tratado belga, prueban que NO ES ESE TODAVÍA el pensa-

que eso es fatal. La aduana, considerada por los economistas como una protección concedida á los monopolios nacionales, de ningún modo como la expresión, imperfecta todavía, de una ley de equilibrio, no basta ya para contener al mundo.

El monopolio necesita una protección mayor; su interés, idéntico por todas partes, la exige con premura, y pide en todos los tonos la destrucción de las barreras. Cuando, por la reforma de Roberto Peel, por la extensión incesante del Zollverein, por la unión aduanera, aplazada nada más, entre Bélgica y Francia, los círculos aduaneros se hayan reducido á dos ó tres grandes circunscripciones, no tardará en hacerse sentir la necesidad de una libertad total, de una coalición más íntima. Y no será mucho que, para contener á las clases trabajadoras, á pesar de su ignorancia, á pesar del abandono y la diseminación en que se encuentran, todas las policías, todas las demás clases y todas las dinastías de la tierra se den la mano. En fin; la complicidad de la clase media, dispersa, según el principio jerárquico, en una multitud de empleos y de privilegios; el engaño de los obreros más inteligentes, convertidos en conductores, contramaestres, comisionados y vigilantes por cuenta de la coalición; la defección de la prensa, la influencia de las sacristías, la amenaza de los tribunales y de las bayonetas; de un lado la riqueza y el poder, del otro la división y la miseria; tantas causas reunidas haciendo al improductivo inexpug-

miento del sistema. El Sr. Cunin-Gridaine, ministro de Comercio, resistiendo al torrente abolicionista acogido favorablemente por la prensa de oposición y por una parte de la ministerial, prestó á la Francia el mayor servicio que se deberá tal vez al ministerio del 29 de Octubre. ¡Quiera el cielo que la Francia, aprovechándose del plazo que le proporciona este ilustre negociante, estudie bien los verdaderos principios de la libertad y de la igualdad entre los pueblos!

nable, nos hacen sospechar que un largo período de decadencia empieza para la humanidad.

Por la segunda vez os lo pregunto: ¿habeis pensado en ello, proletarios?

Por lo demás, sería inútil tomarse el trabajo de fundar ya el equilibrio de las naciones en la práctica mejor entendida y más exacta del derecho diferencial, ó como vulgarmente se dice, en la balanza del comercio, porque si así se hiciese, sucedería de dos cosas una:

Si la civilización debe recorrer un tercer período de feudalismo y de servidumbre, la institucion de la aduana, léjos de ser útil al monopolio, como tan ridículamente lo creyeron los economistas, es un obstáculo puesto á la condicion de los monopolios, una traba para su desarrollo y su existencia. Es preciso que esta institucion desaparezca, y desaparecerá. Sólo se trata de determinar las condiciones de su abolicion y de conciliar los intereses de los monopolistas. Ahora bien: estos señores están muy acostumbrados á esa clase de transacciones, y el trabajo del proletario está ahí para servir de indemnizacion.

Al contrario; si el socialismo toma la toga viril de la ciencia, renuncia á sus utopias, quema sus ídolos y modera su orgullo filosófico ante el trabajo; si el socialismo que, en la cuestion del libre cambio, sólo supo agitar sus címbalos en honor de R. Peel, piensa formalmente en constituir el orden social por medio de la razon y de la experiencia, entónces la nivelacion de las condiciones del trabajo no necesita realizarse en la frontera al pasar las mercancías; se efectuará por sí misma en el seno de los talleres y entre todos los productores; la solidaridad existirá entónces entre las naciones por el solo hecho de la solidaridad entre las fábricas; la balanza se estable-

cerá de compañía á compañía, y existirá de hecho para todo el mundo; la aduana será inútil, y el contrabando imposible. Sucede con el problema de la igualdad entre los pueblos, lo que con el del equilibrio ó el de la proporcionalidad de los valores: no se resuelve por una pesquisa y una enumeracion *à posteriori*, sino por el trabajo. Por lo demás, si durante algunos años de transicion se creyese útil sostener las líneas aduaneras; deberian formarse las tarifas por medio de una informacion comercial; y en cuanto á la percepcion de los derechos, yo me entregaria gustoso á la experiencia de la administracion. Semejantes detalles no entran en mi plan, y basta que demuestre la ley sintética del comercio internacional, y que indique el modo ulterior de su aplicacion, para que el lector se ponga en guardia contra los peligros de la prohibicion absoluta y contra la falsedad de una libertad sin límites.

Algunas palabras más sobre el carácter metafísico de la balanza del comercio, y termino.

Para que el principio de la balanza del comercio llene las condiciones de evidencia que hemos determinado al tratar del valor, deberá conciliar á la vez la libertad del tráfico y la proteccion del trabajo, y esto es precisamente lo que sucede con el establecimiento del derecho diferencial. Por un lado, este derecho, cuyo origen histórico es tan poco honroso como el del impuesto, y que nos sentimos tentados á considerar como una gabela abusiva, no hace más que reconocer y determinar la libertad, imponiéndole por condicion la igualdad. Por otro lado, la percepcion de este mismo derecho, que supongo siempre exactamente determinado, protege bastante el trabajo, supuesto que, suscitándole una competencia entre fuerzas iguales, sólo le exige lo que puede dar, y nada más que lo que puede dar.

Pero esta conciliacion, esta balanza, adquiere todavía propiedades nuevas y conduce, por su naturaleza sintética, á efectos que no podian producir la libertad completa ni la prohibicion absoluta. En otros términos: dá más que las ventajas reunidas de una y otra, al mismo tiempo que elimina sus inconvenientes. La libertad sin equilibrio produce la baratura, pero hace infecundas todas las explotaciones que sólo dan medianos beneficios, lo cual es un empobrecimiento: la proteccion, llevada hasta la exclusion absoluta, garantiza la independenciam, pero sostiene la carestía, supuesto que con una suma igual de trabajo, sólo se obtiene una variedad de productos. Por medio de la mutualidad comercial se crea una solidarid ad efectiva, *in re*, independiente del capricho de los hombres: los pueblos trabajadores, cualquiera que sea la zona en donde habiten, gozan todos igualmente de los bienes de la naturaleza; la fuerza de cada uno parece que dobla, y su bienestar se aumenta. La asociacion de los instrumentos del trabajo por la reparticion de los gastos entre todos, proporciona el medio de hacer productivas las tierras inaccesibles al monopolio, y la sociedad adquiere una cantidad mayor de productos. En fin; la balanza del comercio, si se la conserva en el fiel, no puede degenerar jamás, como la proteccion y el dejad pasar, en servidumbre y privilegio, lo cual acaba de demostrar su verdad y su saludable influencia.

La balanza del comercio llena, pues, todas las condiciones de evidencia: comprende y resuelve, en una unidad superior, las ideas contrarias de libertad y de proteccion; goza de propiedades extrañas á estas, y no presenta ninguno de sus inconvenientes. Indudablemente, el método que actualmente se sigue para aplicar esta síntesis, es defectuoso y se

resiente de su origen bárbaro y fiscal; pero el principio es verdadero, y el que lo desconoce conspira contra su país.

Elevémonos ahora á más altas consideraciones.

Viviria en una extraña ilusion el que se imaginase que las ideas en sí mismas se componen y se descomponen, se generalizan y se simplifican, como parece que se vé en los procedimientos dialécticos. En la razon absoluta, todas estas ideas que nosotros clasificamos y diferenciamos á gusto de nuestra facultad de comparar y cediendo á una necesidad de nuestro entendimiento, son igualmente simples y generales; son iguales, si así puede decirse, en dignidad y en potencia, y el yo supremo (si el yo supremo raciocina) podia tomarlas á todas por premisas ó consecuencias de sus razonamientos.

En realidad, nosotros sólo llegamos á la ciencia haciendo una especie de andamios con nuestras ideas; pero la verdad en sí misma es independiente de estas figuras dialécticas y de las combinaciones de nuestro espíritu, como las leyes del movimiento, de la atraccion y de la asociacion de los átomos lo son del sistema de numeracion, por cuyo medio los explican nuestras teorías. No se sigue de aquí que la ciencia sea falsa ó dudosa, no; pero se puede decir que la verdad, en sí misma, es infinitamente más verdadera que nuestra ciencia, supuesto que lo es bajo una infinidad de puntos de vista que se nos escapan; ejemplo de ello son las proporciones atómicas, que son verdaderas en todos los sistemas de numeracion posibles.

En las investigaciones sobre la certidumbre, este carácter esencialmente subjetivo del conocimiento humano, carácter que no legitima la duda, como lo creyeron los sofistas, es lo que conviene no perder de vista, so pena de condenarse á una especie de

mecanismo que más tarde ó más temprano conducirá al sér pensante al embrutecimiento. Por el momento nos limitaremos á hacer constar, sirviéndonos de la balanza del comercio, el hecho de esta subjetividad de nuestros conocimientos: más tarde procuraremos descubrir nuevos horizontes y nuevos mundos en este infinito de la lógica.

Por uno de esos casos bastante frecuentes de la economía social, la teoría de la balanza del comercio no es, por decirlo así, más que una aplicacion particular de algunas operaciones aritméticas, adición, sustracción, multiplicación y división. Ahora bien: si yo preguntase cuál de estas cuatro operaciones, *suma, diferencia, producto y cociente*, presenta una idea más simple y más general; cuál de los números 3 y 4, tomados como factores, ó el número 12 que es el producto, es el más antiguo, no digo en mi multiplicación, sino en la aritmética eterna, en donde esta operación existe sólo porque los números se encuentran en ellas; si en la sustracción el residuo, y en la división el cociente, indican una relación más ó ménos compleja que los números que sirvieron para formarla, ¿no es cierto que haría una pregunta desprovista de sentido?

Luego, si semejantes preguntas son absurdas, absurdo será también el creer que, traduciendo estas relaciones aritméticas en lenguaje metafísico ó comercial, se cambia su calidad respectiva. *Repartir* equitativamente entre los hombres los dones gratuitos de la naturaleza, es una idea tan elemental en la razón infinita, como la de *cambiar ó producir*; sin embargo, si hemos de creer en nuestra lógica, la primera de estas ideas aparece después de las otras dos, y sólo por una elaboración refleja de éstas podemos realizar aquella.

Supongamos que en Inglaterra el trabajo produce

100 con 60 de gasto; en Rusia 100 con 80. Adicionando, primero los dos productos ( $100 + 100 = 200$ ), después las cifras que representan el gasto ( $60 + 80 = 140$ ); restando luego la más pequeña de estas dos cantidades de la mayor ( $200 - 140 = 60$ ), y dividiendo el resto por 2, el cociente 30 indicará el beneficio neto de cada uno de los productores, una vez asociados por la balanza del comercio.

Ocupémonos primero del cálculo. En éste, los números 100, 200, 60, 80, 140, 2 y 30, parecen que se engendran los unos á los otros por una especie de desprendimiento; pero esta generación es un efecto exclusivo de nuestra óptica intelectual: estos números no son otra cosa, en realidad, que los términos de una serie, cada uno de cuyos momentos y relaciones, necesariamente simples ó complejos, según el modo de considerarlos, es contemporáneo de los otros y está coordinado con ellos fatalmente.

Vengamos ahora á los hechos. Lo que la economía social, en Inglaterra como en Rusia, llama renta de la tierra, gastos de explotación, cambio, balanza, etc., es la realización económica de las relaciones abstractas que expresan los números 100, 200, etc. Estos son, si así puedo decirlo, los premios que la naturaleza puso para nosotros en cada uno de esos números, y que por medio del trabajo y del comercio procuramos hacer salir de la urna del destino. Y como la relación de todos estos números indica una ecuación necesaria, se puede decir que, por el solo hecho de su existencia en el globo, al mismo tiempo que por las calidades diversas de su suelo y por la potencia mayor ó menor de sus instrumentos, los ingleses y los rusos están asociados. La asociación de los pueblos es la expresión concreta de una ley del espíritu, un hecho necesario. Mas para cumplir esta ley, para producir este hecho, la civiliza-

cion procede con una extremada lentitud y recorre un inmenso camino. Mientras que los números 100, 80, 70, 60 y 50, que nos sirvieron para representar al principio de este capítulo las diversas calidades de la tierra, sólo presentan al espíritu una ecuacion que operar, ¿qué digo? una ecuacion realizada ya, pero sobrentendida para nosotros, y se resuelven todos en el número 72, resultado de esta ecuacion; la sociedad, al conceder el monopolio de estas cinco calidades de tierras, empieza por crear cinco categorías de privilegiados, los cuales, esperando que la igualdad llegue, forman entre sí una aristocracia que se constituye sobre los trabajadores y vive á sus expensas. Bien pronto estos monopolios, por su celosa desigualdad, traen la lucha de la proteccion y de la libertad; lucha de la cual debe salir por fin la unidad y el equilibrio. La humanidad, como una sonámbula refractaria á las órdenes del magnetizador, cumple sin conciencia, lentamente, con inquietud y embarazo, el decreto de la eterna razon; y esta realizacion involuntaria de la justicia divina por la humanidad, es lo que llamamos progreso.

La ciencia en el hombre es, pues, la contemplacion interior de la verdad. Esta sólo penetra en nuestra inteligencia con el auxilio de un mecanismo que parece extenderla, ajustarla, amoldarla, darla un cuerpo y una cara, como sucede con las ideas morales que vemos figuradas y dramatizadas en las fábulas; hasta me atrevo á decir que entre la verdad velada por la fábula y la misma verdad presentada por la lógica, no hay diferencia esencial. En el fondo, la poesia y la ciencia tienen el mismo temperamento; la religion y la filosofia no difieren; y todos nuestros sistemas son como un bordado de lentejuelas de tamaño, color, figura y materia parecida, susceptibles de prestarse á todas las fantasías del artista.

¿Por qué, pues, me abandonaré al orgullo de un saber que, despues de todo, sólo prueba mi debilidad? ¿Por qué me dejaré engañar por la imaginacion, cuyo único mérito está en falsear mi juicio, agrandando como soles los puntos brillantes que yacen esparcidos en el fondo oscuro de mi inteligencia? Lo que yo llamo ciencia, no es más que una coleccion de juguetes, un conjunto de niñerías que pasan y repasan sin cesar por mi espíritu. Esas grandes leyes de la sociedad y de la naturaleza, que me parecen las palancas sobre las cuales se apoya la mano de Dios para mover el universo, son hechos tan simples como una infinidad de otros que no me preocupan; hechos perdidos en el océano de las realidades, y ni más ni ménos dignos de mi atencion que los átomos. Esta sucesion de fenómenos cuyo brillo y rapidez me asombran; esta comedia trágica de la humanidad, que me encanta y me aterra á la vez, no es nada fuera de mi pensamiento, que tiene el poder de complicar el drama y prolongar el tiempo.

Pero aunque sólo la razon humana puede construir, sobre el fundamento de la observacion, esas obras maravillosas por las cuales se representa la sociedad y la naturaleza, no puede crear la verdad, porque no hace más que elegir, entre la infinidad de formas del sér, la que más le agrada. Se sigue de aquí, que para que el trabajo de la razon humana sea posible, para que haya por su parte principio de comparacion y de análisis, es preciso que la verdad, la fatalidad entera, esté dada. No es exacto, pues, ni puede decirse tampoco, que una cosa *llega*, que algo se *produce*, porque en la civilizacion, como en el universo, todo existe y todo obra desde siempre.

La ley de equilibrio se manifiesta desde el instante en que una relacion se establece entre los propietarios de dos campos contiguos; y nuestra será la

culpa si, gracias á nuestras preocupaciones restrictivas, á nuestras prohibiciones y á nuestras prodigalidades, no hemos sabido descubrirla.

Lo mismo sucede con toda la economía social. Por todas partes funciona la idea sintética al mismo tiempo que sus elementos antagónicos; y mientras nos figuramos el progreso de la humanidad como una perpétua metamorfosis, el progreso no es más que el predominio gradual de una idea sobre otra; predominio y gradacion que se nos presentan poco á poco, como si el velo que nos las oculta se retirase insensiblemente.

De estas consideraciones es necesario deducir lo siguiente, que será el resumen de este capítulo y el anuncio de una solución más elevada:

1.º Que la fórmula de organización de la sociedad por el trabajo, debe ser tan sencilla, tan primitiva, de una inteligencia y de una aplicación tan fácil, que esta ley de equilibrio, descubierta por el egoísmo, sostenida por el odio y calumniada por una falsa filosofía, iguale entre los pueblos las condiciones del trabajo y del bienestar.

2.º Que esta fórmula suprema, que comprende á la vez el pasado y el porvenir de la ciencia, debe satisfacer igualmente los intereses sociales y la libertad individual; conciliar la competencia y la solidaridad, el trabajo y el monopolio, y en una palabra, todas las contradicciones económicas.

3.º Que esta fórmula existe en la razón impersonal de la humanidad, que obra y funciona hoy mismo y desde el origen de las sociedades, como cada una de las ideas negativas que la constituyen; que es ella la que nos hace vivir, la que determina la libertad, dirige el progreso, y la que á través de tantas oscilaciones y catástrofes, nos conduce hácia la igualdad y el orden.

En vano los trabajadores y los capitalistas se aniquilan en una lucha brutal; en vano la división parcelaria, las máquinas, la competencia y el monopolio diezman el proletariado; en vano la iniquidad de los gobiernos y la mentira del impuesto, la conspiración de los privilegios, la decepción del crédito, la tiranía propietaria y las ilusiones del comunismo, aumentan en los pueblos la servidumbre, la inmoralidad y la desesperación: el carro de la humanidad rueda sin detenerse ni retroceder jamás sobre su camino fatal; y las coaliciones, las hambres y las bancarotas, parecen menores bajo sus inmensas ruedas, que los picos de los Alpes y de las cordilleras sobre la superficie del globo. El Dios de la Justicia marcha, con la balanza en la mano, majestuoso y tranquilo; y la arena que cubre su camino, sólo imprime á sus platinos un invisible estremecimiento.

## CAPÍTULO X

### SÉPTIMA ÉPOCA. — EL CRÉDITO

A un contemporáneo nuestro le ha sido dado exponer, una tras otra, las ideas más opuestas y las tendencias más disparatadas, sin que nadie se atreviese á poner en duda su inteligencia ni su probidad, y sin que se contestase á sus contradicciones más que con reproches, que no eran respuestas: este hombre es el Sr. de Lamartine.

Cristiano y filósofo, monárquico y demócrata, gran señor y plebeyo, conservador y revolucionario, apóstol de los presentimientos y de los recuerdos, el Sr. de Lamartine es la expresión viva del siglo XIX, la personificación de esta sociedad suspendida entre todos